

ral. Sin embargo, la idea de Bilbao fué altísima y tuvo franco eco en algunas naciones.

Poco tiempo permaneció en Bélgica Bilbao. Deseaba ardientemente regresar a su hogar en Buenos Aires y ver a su madre, de quien estaba separado hacía ya más de siete años. "Hoy que me acerco a mi madre—escribía—me parece que me acerco a mi patria".

Abandona Bruselas y recorre algunas ciudades de Italia, fortificando su espíritu en la serena escuela de la más pura belleza artística. En Abril de 1857 arriba a las playas argentinas. Tras él quedaba la Francia del Imperio que sus ojos habían visto con espanto y santa ira. La idea del Congreso Panamericano no se aparta de su imaginación, al llegar a Buenos Aires. Persigue en vano aquel sueño de la unidad indo-española que sus ojos no alcanzaron a ver nunca realizado.

XII

Su vida en Argentina

No era nada de estable la situación porque atravesaba la República cuando Bilbao llegó a las playas argentinas. Derrotado Rozas y en el poder Urquiza después de su victoria, un período de tranquilidad permite a la nación rehacer sus fuerzas perdidas. La Asamblea Constituyente reunida en Santa Fe dicta la Constitución de 1853: el orden reina; los servicios administrativos se regularizan; el caudillaje, que Rozas había combatido con mano de hierro, da inciertas señales de vida; el comercio duplica sus guarismos. Pronto, sin embargo, la guerra renace: la provincia de Buenos Aires desconfía de los buenos propósitos de Urquiza; no envía sus diputados al Congreso de Santa Fe y de hecho afir-

ma su separación de los actos que acuerdan este y la unión federada. Elegido Presidente Urquiza, establece como sede del Gobierno la ciudad de Paraná. Bien pronto se promovieron algunos violentos desacuerdos entre Buenos Aires y el Gobierno y la guerra no tardó en estallar. Vencida aquella provincia, se estableció una tregua y Buenos Aires prometió asistir a la Convención en caso de que se hiciera una reforma constitucional. El Gobierno accedió a tal imposición, mas, bien pronto, el rechazo de los diputados bonaerenses en el Congreso de Paraná, encendió nuevamente la guerra civil. El general Mitre, gobernador de Buenos Aires, organiza las tropas federadas en Pavón. Renuncia el mando el presidente de la confederación, doctor Derqui, y al año siguiente Mitre es elegido Presidente por catorce provincias y Buenos Aires pasa a ser la capital y asiento del Gobierno. En poco menos de diez años se había establecido una situación firme en la República. Comienza entonces una rápida y segura época de prosperidad que, en el curso de medio siglo, hace de la vasta patria de Sarmiento una de las más fuertes naciones indo-latinas.

Bilbao arriba a Buenos Aires en circunstancias que la provincia de Buenos Aires se encontraba separada de la confederación. Comprende que de aquella división no podía resultar sino una violenta guerra civil cuyos resultados desastrosos preveía fá-

cilmente. La ciudad de Buenos Aires estaba agitada entonces por pequeñeces intestinas, mientras en el resto del país la mayoría de las provincias se habían asociado al credo federal, aceptando los acuerdos del Congreso de Paraná.

Ante todo se propuso Bilbao contribuir en la mayor medida que le permitían sus fuerzas, a que se sancionara la unidad nacional. El, que venía de Europa esperanzado con poder reunir un Congreso Hispano Americano, de protección y de unión, veía en la guerra civil el peor enemigo de sus proyectos. ¿Cómo se podría soñar en el pan-americanismo cuando los miembros de cada nación estaban en desacuerdo? ¿Cómo pensar en la unidad de los países americanos cuando no se lograba extirpar la guerra civil en algunos de ellos? Pero Bilbao sacó fuerzas para luchar de su propia desesperanza. El campo que se abría ante su espíritu no le era propicio, ciertamente: la Constitución del año 53 establecía como culto exclusivo el católico; la herencia conservadora de Rozas continuaba prolongándose a través de los nuevos Gobiernos. Fundada entonces *La Revista del Nuevo Mundo*, tribuna desde la cual fija por punto de partida para la regeneración moral—escribe su hermano don Manuel—la emancipación de la razón, y para la política alza la bandera de la nacionalidad, proclamando la unión de Buenos Aires al resto de la confederación.

Tiempo de actividad extraordinaria es este para Bilbao. Las noches y los días le ven sobre su mesa de trabajo, entregado por entero a su labor de polemista y de escritor. Sus estudios desencadenan rachas de odio y de rencores. La autoridad eclesiástica le combate enérgicamente. Las invectivas más audaces cébanse sobre su persona de desterrado y de apóstol. En Buenos Aires se le combate porque es un enemigo declarado del separatismo. Pronto abandona la *Revista* para hacerse periodista en *El Orden*, donde permanece como redactor hasta mediados de 1858. Entre tanto, no se da un instante de descanso: forma parte de los centros literarios; pronuncia su discurso sobre *La ley de la Historia*; se alista en el movimiento masónico; combate a los separatistas; apoya a los paraguayos cuando tratan de procurar la libertad de su patria; en la prensa es un luchador tesonero. Con su vida, con su aliento y su empuje, remueve ideas, no descansa.

Cerca de Urquiza trabajó activamente Bilbao alentando el ideal de la unidad nacional. Convencido de que América se bastaba para garantizar su propia libertad quiso, ante todo, afianzar la unidad independiente de cada país. Urquiza encarnaba para él el espíritu y la acción unitarios. Con noble desinterés secundó sus planes, dió vida a campañas periodísticas que afianzaban su obra y cuando Urquiza le encargó la redacción del diario *El Nacional Argentino*,

no, creyó poder definitivamente entregarse de lleno a él, sin restricciones de ninguna especie. Después de la victoria de Cepeda, Bilbao es saludado y festejado por el pueblo de Paraná, según testimonio de su hermano don Manuel. Pero, desgraciadamente, ya su salud comenzaba a resentirse de un modo desastroso. Un ataque violento estuvo a punto de acabar con su vida. En Mayo de 1859, le escribía a don José M. Lagos, recordando esos momentos: "He estado muy enfermo: hubo un día en que ya me *daba de baja* para el otro mundo:—y contemplando el crepúsculo de una magnífica tarde, pensaba en los horizontes futuros de la nueva vida—pero el mal cesó, se detuvo la sangre, etc." Los viajes continuos, el poco cuidado que concedía a su salud, la agitación febril en que le precipitaban los trastornos civiles de la República, dieron pronto al traste con sus mejores energías. En Paraná una noche que se había recogido tarde, después de terminar sus labores del periódico, "sentí—escribe—un dolor tan terrible al pulmón, cual si me traspasaran con una espada". Fué el principio de la crisis. Desde ese momento los vómitos de sangre se suceden con regularidad.

Los críticos y los biógrafos de Bilbao y especialmente la viuda de Quinet (1) han atribuído su muer-

(1) En 1857—escribía madama QUINET en sus "Mémoires d'Exil"—encontrándose Bilbao en un paquebot, una mujer cayó por accidente al río, en un lugar que es más peligroso que el Océano. Bilbao

te a un accidente que, en verdad, según lo asegura su hermano don Manuel, no tuvo importancia alguna sobre su salud, ya demasiado débil. Paseaba una tarde, en 1858, Bilbao en el muelle de Buenos Aires, acompañado por uno de sus amigos y la esposa de este, cuando la dama cayó al río. Sin dar tiempo a reflexión de ninguna especie Bilbao se arroja al agua y tras violento esfuerzo logró salvar a la víctima de una muerte segura. Años más tardes, como se publicasen versiones calumniosas sobre tal accidente, lleno de tristeza, escribía Bilbao: "Jamás tuve el menor interés por la esposa de... y siempre me mantuve lejos de todo sentimiento que pudiera contrariar mi lealtad de amigo". ¿Sería posible dudar de tal testimonio, sobre todo en tratándose de quien llevó siempre la vida más pura y casta?

En Diciembre de 1863 contrajo matrimonio Bilbao con la hija del general don Tomás Guido, a quien conoció en 1844 en Río de Janeiro, cuando iba en viaje a Europa. Largos años transcurrieron y aquel idilio de amor conservóse durante cuatro lustros, a través de todas las peripecias de la vida agitada que llevó a Bilbao de aventura en aventura, y de peregrinación en peregrinación. En Septiembre del si-

se arroja entre las olas, consigue salvar "esa desconocida", pero sus esfuerzos sobrehumanos produjeron la ruptura de un vaso del pecho. La mujer del pueblo estaba salvada, pero la vida de su libertador fué desde entonces una lenta agonía.

guiente año, nació un hijo que no alcanzó a llevar el nombre Lautaro, con que Bilbao quería bautizarle, pues murió a los cuarenta y tres días de haber nacido.

Triunfante Urquiza y amigo cercano del doctor Derqui, jamás aceptó Bilbao favores ni recompensas. Mientras era redactor de *El Orden*, había rechazado el sueldo mensual que le ofreció Urquiza, como protección al periódico que sostenía sus ideas; y cuando en cierta ocasión "encontrándose en el salón con Urquiza—refiere su hermano don Manuel—rodeado de una multitud de gente, Urquiza dijo: todos vienen a verme sin otro móvil que el interés, Bilbao se levantó de su asiento y dirigiéndose a aquél le dijo:—*Menos yo, general*. Cierto, señor Bilbao, con Ud. no reza lo que digo".

A pesar de que su salud iba de mal en peor día a día, Bilbao no abandona sus trabajos. Cuando la ocupación de Méjico por los franceses, arde en santa ira, se indigna, y, sobreponiéndose a sus dolencias, en compañía de su bueno, fiel y noble amigo Juan Chassaing, escribe en la prensa procurando promover un movimiento de opinión que protestara contra la intromisión de una nación europea en los países americanos. Desgraciada y prudentemente, el Gobierno no le secundó en tal proyecto que, para emprenderlo, suponía la existencia de escuadras y ejércitos poderosos en un caso dado. Decepcionado, tris-

te, huraño y abatido, dió a luz poco después su libro *La América en peligro*, que, condenado por el Arzobispo de Buenos Aires, indujo a Bilbao a escribir una contra pastoral en la cual afirmaba su idea primera de que el catolicismo rechaza la libertad. Algunos diarios de Buenos Aires le acompañaron en tal campaña y Bilbao logró despertar en la opinión viva curiosidad por su obra. Se repetían entonces los mismos incidentes del año 44 y del 50 en Chile.

Una de las últimas campañas ideológicas de Bilbao data del año 64. Cuando la ocupación de las islas Chinchas del Perú por la escuadra española, Bilbao, acompañado por su fiel amigo Chassaing, emprendió una ardua campaña apostrofando la audacia española con palabra ardiente y audaz. Una vez más salió en defensa de los fueros de la República que se veían amenazados por la monarquía.

Apelando a la poca energía que le quedaba y haciendo un heroico último esfuerzo, asistió a las reuniones del Retiro, donde pronunció enérgicas peroraciones, y compuso "El Evangelio Americano", obra en la cual vació sus postreros alientos de ideólogo, sus últimas energías de apóstol, y sus finales ardorosos sueños de libertad. Casi podríamos decir que las últimas páginas de esta obra acabaron por extinguir su vida ya muy débil.

Poco antes de morir le escribía a su maestro Quinet: "Os escribo delante de la ventana entreabieta

en medio de un jardín de flores. Mi querida mujer, vestida de blanco, canta acompañándose del arpa. . . La gran naturaleza es siempre bella, y nuestra alma no se abatirá sino que se engrandecerá cada vez más. ¡Qué hermoso es vivir con horizontes infinitos!" Esta carta da una idea de la serena tranquilidad, del estoicismo que no le abandonó en sus instantes últimos. Murió con la tranquilidad que pedían los griegos.

La muerte de su padre y la de su hijo, los múltiples disgustos recibidos en sus luchas espirituales, la tenacidad con que le combatían sus enemigos, contribuyeron a precipitar la crisis final de aquella noble existencia. Pocos días antes de morir, su hermano don Manuel le ve en Luján. Su estado es lamentable: "Toqué su cuerpo—escribe—y encontré hundido el costado izquierdo de su pecho, prominente el hombro de ese costado y su estatura encorvada. El costado afectado daba un sonido al golpe que recibía en el examen, que demostraba la desaparición del pulmón. Se sentía la existencia de una caverna. Aplicando el oído allí, al hablar Francisco, se oía la voz tan clara cual si saliere de la boca". Al día subsiguiente de esta entrevista y estando a solas con don Juan M. Lagos y su hermano Manuel, Bilbao se incorporó en el lecho para decirles:

—Estamos solos y es necesario que hablemos co-

mo hombres. Es necesario no hacerse ilusiones sobre mi vida. Yo me siento morir y quiero aprovechar estos momentos con ustedes. Esta tarde tal vez pierda la cabeza”.

Transcurre un instante. Recuerda, en sus postreras disposiciones, a Michelet y a Quinet. Cuando don José Victorino Lastarria, entonces Ministro de Chile ante el Gobierno argentino, se acerca a su lecho, Bilbao le dice: “Mi esperanza era ir a morir a Chile, pero ya Ud. ve no puedo moverme”.

En sus últimos momentos su serenidad no le abandona. Ora le dice a su hermano, presintiendo la muerte cercana: “Esta es la primera batalla que mando en jefe” o ya le advierte que cada vez se siente más fuerte en sus convicciones y que todo cuanto ha hecho lo ha realizado procurando el bien. Se niega a aceptar todo auxilio religioso.

El 18 de Febrero de 1864, a las siete de la mañana, le sorprende el último ataque. La sangre le ahoga; alcanza a repetir tan sólo: *Este es el último*, y expira tranquilamente.

El 20 de Febrero conducen su cuerpo al cementerio. Don José Victorino Lastarria le despide en breves palabras. Su féretro ha sido cubierto con la bandera de Chile y, al desfilarse el cortejo por las avenidas, llenas de sol y de vida, la estrella solitaria se destaca sobre el campo de azul, velando por el sueño de aquel hombre que tantos años ha dormido en

tierra extraña, lejos de su patria que amó con santa nobleza y a quien dedicó uno de los postreros recuerdos de su vida.

XIII

El ideólogo - Su concepto de la Historia y de la Política

A pesar de su enfermedad, que día a día minaba su naturaleza; a pesar de que en el destierro todo parecía serle adverso, no por eso Bilbao abandonó sus tareas de pensador ni un sólo día siquiera, desde que arriba a Buenos Aires. Fueron aquellos sus años últimos, los más fecundos de su vida en cosechas espirituales. Todo lo que ha estudiado en sus viajes, todo lo que asimila durante su estada en Bélgica cerca de Quinet, todo lo que observa, le servirá más tarde para escribir en Argentina las obras de mayor aliento compuestas durante su corta vida: *La ley de la Historia*, *La América en peligro*, *El Evangelio*

Americano y la serie de estudios religiosos *Discursos masónicos, La Revolución Religiosa, Estudios religiosos*.

Antes de analizar el concepto político de las democracias, como lo entendía Bilbao, es preciso repasar su *Ley de la Historia*, de cuyas conclusiones podremos deducir fácilmente la concepción sociológica democrática, sustentada en sus teorías sociales.

Si el *sujeto* constituye la piedra angular de la sociedad, será preciso estudiarle aisladamente antes de someter a generalizaciones el espíritu colectivo. Y la historia no es más que la experimentación de hechos, leyes y personalidades, sometidas a la inmutabilidad del tiempo. Ya que los medios de la historia son todos "las manifestaciones de la vida: las creencias, las instituciones, los códigos, la tradición, la poesía, los monumentos del arte y de la industria, las costumbres", fácil es seguir a través de dichas manifestaciones la evolución individual y el desarrollo colectivo. Y el individuo, ora aislado, ora dentro de la agrupación, es una mezcla de libertad y de sometimiento. De lo cual deducía Bilbao en los hechos y acciones fundamentales de la historia una dualidad racional, metafísica, curiosa y falsa. Así, frecuentemente hablaba de la humanidad "como organismo fisiológico que tiene sus raíces en la tierra y sus antecedentes en el reino animal, y como espíritu que recibe inmediatamente del verbo infinito".

Una vez más recurría Bilbao al dualismo de la fatalidad y la libertad, para explicar el encadenamiento de los hechos, las evoluciones sociales y el desarrollo de la civilización. "La fatalidad—decía—es la ley de los cuerpos, la libertad es la ley de los espíritus". Y, luego, afirmando una especie de determinismo metafísico, cree que la resolución del problema consiste en que la libertad está subordinada a un fin supremo y que la fatalidad debe ser libre y *dominada* por el elemento libre. No parece sino que Bilbao se obstinase en la creencia de que si la fatalidad es ley de los cuerpos, puede esta ser libre a su antojo, estando *dominada por el elemento libre*. ¿Qué entendía Bilbao por elemento libre? Claramente hablaba en su teoría dualista de fatalidad material y de libertad espiritual, determinismo físico y libre albedrío completo, dentro de la subordinación providencial al Creador.

En la idea de libertad quería Bilbao encontrar la afirmación independiente del derecho; "la idea del derecho—escribe—corresponde a la idea de libertad". Y, avanzando más allá aún, deducía, como consecuencia inmediata de lo anterior, que el problema de la filosofía de la historia se reducía a conocer el deber de la humanidad: y si el deber colectivo está subordinado a la unidad individual, tendremos que, siendo la fatalidad la ley de los cuerpos y la libertad la ley de los espíritus, la verdadera ley de la

historia "es la conquista de la libertad de la conciencia ulterior, que la filosofía de la historia se reduce a probar que la humanidad cumple en sus evoluciones con un imperativo de progreso y de libertad, y, estando subordinada su responsabilidad, no puede establecerse como un hecho aislado o como una ley inamovible. "La ley de la humanidad—decía—tiene que ser la ley del hombre individual. La ley del hombre tiene que ser imperativo de sus acciones. Las acciones del hombre como las de la humanidad tienen un fin". Y, en tal caso, la ley de la historia es suma de toda ley y perfección moral, observada a través de su evolución entre los pueblos." Así, pues, ley de la historia, ley de la humanidad, regla de las acciones, destino del individuo y de la especie, son términos varios que revisten un mismo principio, y ese principio es la naturaleza, la Providencia, el destino, y, en una palabra, la ley del hombre". Entonces, exponer y estudiar la ley de la historia, es exponer y estudiar en su desarrollo sucesivo las acciones humanas, individuales y colectivas: la psicología en sus hechos particulares y en sus más amplias abstracciones.

Avanzando más aún en semejantes conceptos abstractos y procurando apartarse de todos los sistemas, desde el naturalista de Herder hasta el método de Bossuet, busca Bilbao el principio fundamental de toda aspiración moral en el Sér, como identidad in-

divisible, o como totalidad substancial: "Dios es todo el Sér":—dice—la creación y la humanidad son Dios. La ley de la creación será la ley de la humanidad. Las civilizaciones y los imperios, serán eflorescencias del árbol humano, y Dios estará presente en todas esas manifestaciones. "La historia viene a ser el movimiento de Dios en el espacio y en el tiempo".

Ya, en tal parte de sus divagaciones, Bilbao se pierde absolutamente en las más arduas abstracciones metafísicas. No es fácil seguirle ni menos penetrar en la enmarañada ideología de sus aforismos tan vagos como simbólicos. Recorre el concepto de la filosofía de la historia a través de las obras de Cousin y Hegel, de Vico y Bossuet, de Michelet y Quinet, para llegar luego a la conclusión de que el ideal humano debe ser un reflejo de la santidad y de los genios que advertimos en la historia, sirviéndonos éste como espejo de toda perfección moral, de toda superación ideal, de toda disciplina de firmeza, de amor, de fraternidad. "Pero, ¿qué es lo que hay de soberano en el hombre?—se pregunta Bilbao.—Sólo hay de soberano en el hombre la razón. Luego, la soberanía del pueblo es la soberanía de la razón universal". La razón como gobierno, guía y norte de los pueblos, he aquí el hecho principal que persiguió Bilbao, desde los primeros años, cuando compuso su *Sociabilidad Chilena*, y más tarde en la Sociedad de

la Igualdad. De aquí su definición sobre la ley de la historia: "La historia es la razón juzgando a la memoria y proyectando el deber del porvenir".

No es cosa fácil seguir y entender a fondo las divagaciones de Bilbao sobre historia, política y religión. Su racionalismo metafísico le traiciona a menudo y lo que pudo ser claro en quien tuviese sus ideas bien definidas, en el ideólogo de *La América en Peligro*, resulta vago, confuso y simbólico. Y es que si la literatura y la metafísica se prestan a divagaciones, las cosas de la política exigen claridad. "La política—advertía don Zorobabel Rodríguez—es una ciencia de aplicación, en la cual lo absoluto no debe tomarse sino como un desiderátum que es preciso perseguir incesantemente, pero con infinita paciencia y con infinitas precauciones" (1). Y Francisco Bilbao más imaginaba la realidad a su manera que no la comprendía tal como es. Discípulo de los mayores teóricos de la revolución social, proclama la necesidad de afianzar una democracia absoluta, que en sus sueños generosos afianzaba sobre un castillo de teorías difícilmente realizables. Y, el legislador, según el decir de Guizot, "debe persuadir-

(1) ZOROBABEL RODRIGUEZ.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

se de que su misión no es la de aplicar o ensayar teorías". Bilbao, ideólogo antes que observador, aplicaba a la América doctrinas que sólo hubiesen calzado en civilizaciones como las de algunos países de Europa. Siempre comprendió que el régimen de las repúblicas indo-latinas no era perfecto, pero en su afán de preparar reformas posibles, siempre se anduvo por las ramas y no llegó a establecer jamás nada fijo sobre su manera de entender el gobierno de la soberanía popular. Y, al afirmar que el gobierno del pueblo es necesario, no hacía más que compartir algunas afirmaciones de Rousseau; al criticar el pecado original dentro del catolicismo, iba directamente a establecer la igualdad democrática, basada sobre la acción del hombre libre. Bilbao creyó siempre en el imperativo categórico de los tres principios de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad, aunque no aceptaba la revolución misma. La libertad es para él "la idea legisladora que debe presidir a las acciones"; es el derecho del hombre; el derecho del pueblo; la moral; el bien; el pontificado de la república definitiva; la libertad, por último, es "identidad de ser y de fuerza, ley y vida, igualdad y fraternidad". El hombre completamente libre debe propender, forzosamente, a mantener la igualdad en la vida, en el trabajo y en la acción espiritual. Y, quien dice igualdad y libertad, supone su consecuencia: la fraternidad. Sólo en la forma

de gobierno republicano encontraba Bilbao la aplicación de los tres principios, y, especialmente, en las repúblicas americanas, jóvenes aún, cuya vida libre apenas si contaba medio siglo. Pero, advertía también que de esa feliz libertad republicana al exceso de todo despotismo sólo había un paso. "Nosotros creemos—decía—que ser libres es ejercer el poder, ser libres con el poder. De ahí nace que toda libertad entre nosotros produce el despotismo o la anarquía". Cuantas veces del exceso de esa libertad nació el caudillaje o la guerra civil; cuantas veces la seguridad de sentirse demasiado libre no perdió a los Rozas, a los Castilla y a los Balmaceda. Y es que en ciertos casos la libertad no es algo absoluto, aislado y abstracto, sino que una consecuencia y un derivado de las instituciones sociales de un país. El medio engendra la libertad. Con ella acontece lo que con ciertas plantas prolíficas en los terrenos adecuados: solas sacuden sus semillas y solas se reproducen año a año. Un espíritu libre como una agrupación independiente llevan la libertad en sí y no necesitan cultivarla sino que mantenerla en cualquiera forma de gobierno. Es el caso de Inglaterra o de Suiza. Y el caso opuesto sería también el de la Francia de la Revolución Francesa, que, en fuerza de pretender asegurar la libertad con lazos indelebles, llegó a perderla y a erigir el despotismo en forma de gobierno. Sucede en tales casos lo que le ocu-

rrió al diestro gimnasta de las carreras de Antioquía: deseando vencer en un torneo de carros, buscó una cuadriga de corceles salvajes. Al partir estos no atinaron a correr con la fuerza que su conductor suponía, sino que dieron rienda suelta a sus instintos salvajes hasta acabar por deshacer el carro a coces. De tal manera, ¿qué libertad sería posible soñar entre un elemento que no tiene la conciencia de su individualidad? ¿Cómo pensar en gobierno popular, cuando un pueblo es analfabeto y vive entregado a las pasiones de su animalidad? Fué este el error mayor de Bilbao al soñar en doctrinas inabordables. Suponía una base que no existía aún: la unidad consciente. Pero este error no fué suyo, en realidad, lo aprendió de sus maestros, del Rousseau de "El Contrato Social" y de Fourier. Si la República ha sido una de esas felices casualidades que han presidido en los destinos de la América Latina, no por eso debemos creer que en dichas Repúblicas se ha cumplido un ideal de buen gobierno y de soberanía representativa popular: bastaría recordar las muchas revoluciones que han dado al traste con buenos gobiernos para allegar un argumento poderoso en contra de su inmunidad.
